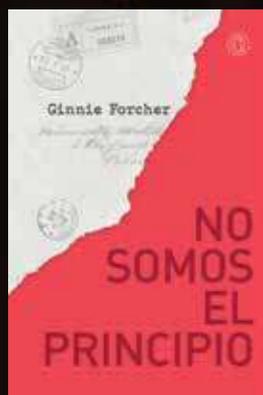


TAMBIÉN PUEDE INTERESARTE:



● *Cuando la ciudad es pura música,
¿cómo no conquistarla bailando?*

Coral acaba de llegar a Buenos Aires para estudiar Coreografía en una de las academias más prestigiosas de la ciudad. Su tío abuelo, dueño de una antigua librería, será quien le dé el espacio que necesita para vivir y explorar su talento.

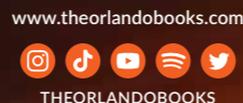
Coral baila todo el tiempo, percibe el mundo a través de la música y la danza.

Baila para encontrarse a sí misma.

Manuel también baila, pero para escaparse.

Baila para huir de un pasado oscuro, signado por la violencia. Baila para abrirse camino a un futuro mejor.

Ella es intensa, graciosa, algo dramática y —sobre todo— idealista. Él es escandalosamente atractivo y misterioso. Juntos batallarán para salvar la vieja librería de la ruina, y descubrirán un inesperado secreto familiar mientras encuentran la forma de articular sus propias luchas personales con ese primer amor que los atraviesa y los cambia por completo.



FLORENCIA VACCARI

CORAL, ENCANTADA

CORAL, ENCANTADA

FLORENCIA
VACCARI



MARÍA FLORENCIA VACCARI

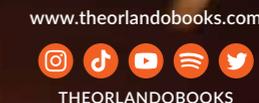
Es periodista y docente.

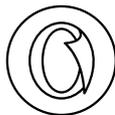
Fundó y dirigió el suplemento cultural *La Liebre*. Fue coordinadora y directora de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Chivilcoy, entre 2010 y 2015.

Actualmente coordina talleres de escritura y lectura.

Algunos de sus cuentos han sido publicados en antologías y revistas.

Coral, encantada es su primera novela.





THE ORLANDO BOOKS

Dirección general: Marcela Citterio

Dirección editorial: Verónica Chamorro

Diseño de cubierta e interior: Valeria Miguel Villar (@be.olifant)

Al Art de cubierta: Lucho Zabrana

Corrección: Paula Felgueras

©María Florencia Vaccari, 2023

©The Orlando Books, 2023

www.theorlandobooks.com

Primera edición: junio 2023

ISBN: 978-987-48992-9-3

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Vaccari, María Florencia

Coral encantada / María Florencia Vaccari. - 1a ed. - Caseros: The Orlando Books, 2023.

216 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-48992-9-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD A863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

Este libro ha sido impreso en papel amigable con el medio ambiente, fabricado 100% a partir de caña de azúcar, 0% fibra de árboles y 0% productos químicos para blanquear.

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2023.

Linegrafic S.R.L. División Editorial. Ciudad de Buenos Aires - Argentina.

CORAL, ENCANTADA

FLORENCIA
VACCARI



THE ORLANDO BOOKS

Dedico esta novela a Guillermo, mi compañero de vida.

“Todo ser humano es el resultado de un padre y una madre. Se puede no reconocerlos, no quererlos, se puede dudar de ellos. Pero están allí, con su cara, sus actitudes, sus modales y sus manías, sus ilusiones, sus esperanzas, la forma de sus manos y de los dedos de los pies, el color de sus ojos y de su pelo, su manera de hablar, sus pensamientos, probablemente la edad de su muerte, todo eso ha pasado a nosotros”.

J.M.G. Le Clézio, *El africano*

Escaneá el código QR y disfrutá la playlist del libro en  Spotify.





Era viernes en la Ciudad de Buenos Aires y el tránsito parecía empeñarse en volver caóticas las calles. Bocinazos, frenadas, protestas de algún taxista. En la parada del 39, en medio de una fila de escolares y oficinistas que en nada llamaban la atención, una chica esperaba el colectivo. Un oasis. Un descanso para quienes detenían la mirada en los rulos anaranjados que asomaban de un sombrerito verde escapado de alguna película francesa.

La música clásica que sonaba en sus oídos se deslizaba hasta sus muñecas y sus manos, tímidamente bailarinas, se iba por Coronel Díaz hasta llegar a un oído capaz de percibirla.

La chica esperaba muy erguida, como cuando en el escenario debe levantarse el telón. La acompañaban bocanadas de aire fresco. Lo había traído de su pueblo en los bolsillos del saco y lo iba liberando de a poco para no sentirse extranjera en su propio país. Ahí estaba, con dieciocho años recién cumplidos, a punto de viajar por primera vez sola en una ciudad que la desafiaba y la enamoraba.

Sentía la adrenalina que se libera al hacer algo por primera vez. Y la seguridad que le daba haberlo planeado todo. Lo que no imaginaba Coral es que lo perfectamente calculado iba a sufrir algunos “pequeños” sobresaltos...

En ese mismo momento, en otro rincón de la ciudad, a él se le desmoronaba el futuro inmediato.

Por suerte, ya estaba acostumbrado a lidiar solo contra el mundo.



El pie derecho dio un paso, el peso del cuerpo se elevó al cielo. La mano izquierda se sujetó a la barandilla de metal. Mirada al frente. Mentón adelante. Cuando los pies se juntaron en el primer escalón, Coral sintió la satisfacción de saber que cerraban en una primera posición perfecta de *ballet*. Los girasoles de las bailarinas que llevaba puestas inundaron el aire denso del transporte público. Dibujaron en medio de tanto gris una línea amarilla incipiente.

En el segundo escalón, Coral inhaló y exhaló. Buscó la mirada del chofer para saludarlo con la vista y la voz, pero no la encontró. Resignada, pronunció un “buenas tardes” enérgico y pagó el pasaje.

En un paneo general se dio cuenta de que había tantas personas como asientos en el colectivo: madres con hijos, adolescentes con la mirada fija en el celular, cuerpos y rostros tan diversos... lo que hacía cosmopolita a Buenos Aires aparecía en una pequeña muestra frente a sus ojos.

Se aferró a una de las manijas, justo detrás de una mujer mayor.

—Buenas tardes —saludó Coral.

—Buenas tardes, querida, no se encuentran chicas tan simpáticas todos los días —le respondió la señora.

Algunos rayos de sol entraban por la ventanilla del fondo y dibujaban un camino que se iba afinando, como el de una luz potente que en los teatros anticipa que aparecerá solo un bailarín en escena. Coral recordó la *Suite N.º 1 en Sol Mayor* de Bach. Cada acorde. Cerró los ojos. Descansó en ese pensamiento, en ese chelo, y deseó que las personas a su alrededor pudieran escucharlo alguna vez. De malla rosa y tutú blanco, con el rodete tirante y las zapatillas de punta, en su mente giró en diagonal más veces de las que habitualmente conseguía hacer en los ensayos.

Recordó el último tiempo en el garaje de su casa, cuando una y otra vez pasaban hacia la calle el abuelo o la abuela, el Tinto o Chela. El Tinto era hermano del abuelo (hermanos, amigos y vecinos, se jactaban) y Chela, su esposa. Entraban y salían de lo de Coral como de su propia casa. No se acostumbraron nunca a que el garaje se transformara en sala de ensayo. Una vez dentro, la pareja se disculpaba, saludaba, admiraba a la bailarina, intentaba adivinar hacia dónde continuaría la coreografía y amagaba un esquivo que, milagrosamente, no fallaba. A la distancia, sintió que eran las mejores interrupciones que una bailarina podía tener. Todo eso había quedado atrás. Y en su corazón.

—Permiso, querida, bajo en la siguiente —pidió una voz en tono de disculpa.

Volvió al colectivo. Abrió los ojos. Dio paso gentilmente. Se encaminó al fondo donde otro asiento se liberaba. Una corriente de aire le movió con gracia la pollera rayada, reminiscencia de su universo paralelo. Se quitó el sombrerito verde y el 39 floreció de pelirrojo rumbo a Chacarita. Se sintió grande. En poco más de media hora estaría bajándose en Santos Dumont y Jorge Newbery.

Presentaría la invitación de su maestra en la boletería del Galpón del Arte y entraría al estreno de una de las compañías de danzas más famosas del momento.

Repasó mentalmente todas las indicaciones de la abuela Cristina: el celular y la llave debían guardarse en la riñonera (y la riñonera debajo del saco). Alguna otra cosa podía llevarse en una mochila (que debía estar colgada hacia adelante, por los arrebatos) o en un morral. En ese primer viaje llevaba en el morral su diario íntimo, varias lapiceras y microfibras de colores. En el bolsillo del saco solo la invitación especial y unos pocos billetes para alguna emergencia. Todo estaba bajo control.

Siempre cargaba su diario. Cuando salía sin él, se sentía perdida. Con sus amigos, durante el último año del secundario, habían ideado una manera de compartir experiencias. Habían comprado entre todos un cuaderno artesanal. Uno de ellos, al azar, escribía una página y lo pasaba a otro integrante del grupo, quien libremente podía continuarlo con una ilustración, una pregunta, otra experiencia. Esa modalidad había despertado en Coral una comunión especial con sus dos amigos en particular y con el arte en general. Sobre todo, a partir de la muerte de su mamá, cuando su vida se había vuelto más solitaria. Volcar palabras, emociones, versos, garabatos en un papel al alcance de la mano le permitía verse desde otra perspectiva y dejar registro de aquello que consideraba que valía la pena. El pueblo había quedado lejos, y los amigos se habían dispersado como las semillas de un diente de león.

Buscó el celular y notó que ninguno estaba en línea. Se habían propuesto escribirse menos para no hacer tan difícil esos primeros meses, así que suspiró y se contuvo. Agarró el diario y comenzó

a dibujar, olvidándose por completo de que se había prometido prestar atención al recorrido.

Cuando alejó la hoja descubrió que había hecho un mandala. Hubiera podido mejorarlo un poco, pero desvió la vista y notó que quedaban muy pocos pasajeros sentados. Creyó que se había pasado de la parada. Le ganó la ansiedad y tocó el timbre para descender. El colectivo empezó a frenar y, antes de que se detuviera por completo, un adolescente que estaba parado detrás de ella bajó llevándose la por delante.

—¡Eh, tené más cuidado, nene! —le dijo al chico que, sin dejar de correr, se dio vuelta para mirarla por un segundo de pies a cabeza antes de desaparecer por la izquierda en la primera esquina. Coral tuvo ganas de insultarlo. Y, lo que hubiera sido peor, de seguirlo y decirle algo. Entonces recordó que la abuela le había enseñado que nunca comenzara una discusión en la vía pública. Uno nunca sabe quién es el otro y qué es capaz de hacer. En el pueblo siempre se acordaban de Chicho, un tipazo según el abuelo, que se bajó en un peaje a discutir con el conductor de otro auto y terminó muerto cuando una trompada lo tiró de cabeza sobre el guardarraíl. ¿Para qué arriesgarse?

Ya en la vereda, resopló y dio un pisotón alargando sus brazos al suelo. Con los puños bien apretados, hizo medio giro a la derecha y continuó.

Caminó unos metros hasta poder leer los carteles indicadores de las calles. Levantó el saco solo lo necesario para abrir la riñonera y sacar el celular. Abrió el Google Maps. Confirmado: se había bajado antes. Cruzó la avenida Lacroze y vio que, desde una pizzería, una escultura de Carlitos Balá le guiñaba un ojo.

Hacia poco había visto en una entrevista a ese cómico en televisión. Su abuela le había contado que, a ese programa, que era famosísimo, habían llevado los chupetes de la mamá de Coral cuando había cumplido tres años. Parada frente a la escultura se sacó una *selfie* y se la envió a su abuela. Era sin duda una señal en su camino.

Continuó un par de cuadras siguiendo las indicaciones del GPS. Recién cuando llegó al Galpón del Arte metió la mano en el bolsillo del saco. Allí, donde había guardado el pequeño monedero y la invitación especial, su pase para cumplir el sueño de ver a una de las mejores compañías de danzas, no encontró más que pelusas.

Genial, pensó. Sin entrada y sin un peso para volver a casa.

MANUEL

Somos sur

—¡Bailarín! Si el lunes no conseguís la guita, te rajás, ¿escuchaste? —Gladys tenía la costumbre de gritar desde el mostrador que hacía las veces de recepción, en la planta baja, sin importar si se dirigía a un pensionista en particular o si necesitaba avisarles a todos alguna novedad.

—¿Me escuchaste, Julio Bocca? ¿O hablo sola?

Manuel se despertó sobresaltado. Miró la hora. ¡Se había quedado dormido!

Buscó en la mesa de luz la foto de su abuela y le suplicó que lo ayudara una vez más.

El reguetón de la colombiana del H superaba el volumen máximo permitido.

—¡Gladys! ¿Me habló a mí? —preguntó asomando medio cuerpo semidesnudo al pasillo.

—Dice que el lunes le pagás o estás de patitas en la calle, lindo —resumió la voz aflautada de Diego desde el piso de arriba.

—Le voy a pagar, Gladys, iba a ir hoy, pero me quedé dormido y no fui a cobrar... Colombia, ¿podés bajar el volumen?

—Dejó la música encendida y fue a descolgar las sábanas a la terraza —acotó Diego, sin dejar de hojear una revista de moda apoyado en la escalera.

La puerta de la calle se cerró estruendosamente.

Gladys se había ido.

Manuel otra vez miró el reloj. Era tardísimo. Le escribió a Alejandra y le mintió que estaba en camino. Lo último que necesitaba era que los chetos del elenco le tiraran bronca con el director.

Se vistió como una ráfaga. Controló el contenido del bolso y, mientras bajaba la escalera, se dio cuenta de que no tenía con qué pagar un taxi.

Se detuvo ante la puerta roja. Tocó tres veces y le pidió dinero a Susana, aclarando que se lo devolvería ni bien regresara esa noche.

—Tenés suerte, Eslavonia, recién le hice una lectura al plomero. ¿Te alcanza? —preguntó mientras extendía un billete tan nuevo que parecía falso.

—Me sobra. Te lo devuelvo hoy mismo. Me salvaste.

—¡Mierda esta noche! —se escuchó desde un piso superior,

y varias voces lo replicaron como si fueran un eco... “mierda, Manu, mierda”...

—Tenés hinchada, un día vamos a ir todos a verte. El equipo completo de la Gladys —dijo Susana levantando los brazos como si fuera una vedette y abriendo grande la boca para largar una carcajada. —Che, ni se te ocurra venir hoy a saldar tu deuda, cachorro. Voy a estar ocupada. Me lo traés el domingo antes de mudarte. Y te convidó una copita de granadina.

—¡No voy a mudarme! ¡Cobro esta noche! Si no me echan antes —aclaró mirando la hora en el celular.

—¿Dónde van a encontrar otro bailarín como vos?

—¿En cualquier calle?

—Dejate de pavadas. ¡Sacá tres cartas, a ver...! —dijo mientras le acercaba el mazo de tarot de Marsella de Jodorowsky.

Manuel las extrajo automáticamente, pero no quiso verlas. Las colocó con el dorso para arriba en las palmas robustas y morenas de Susana, que las esperaban como a una ofrenda.

—¡Metete ahora, no llegués tarde!

La tarotista miró la primera carta, la apretó contra la tigresa con lentejuelas estampada en su remera y entró a su pieza directo a encenderle una vela a la virgencita.

Con atención observó la segunda carta y reafirmó lo que ya sabía: el poder del amor iba a salvar a ese chico, apareciendo cuando menos lo esperara.

Al voltear la tercera agradeció que su protegido no la hubiera visto. Los ojos bizcos del diablo hermafrodita, sus pies enraizados en el suelo negro y sus dos rostros sacando la lengua, burlones, hubieran causado una primera impresión difícil de revertir.

Manuel saltó los escalones hacia la vereda con un *grand jeté*. Como un *flash* le vino a la mente su imagen de niño huyendo de las peleas de sus viejos, sobrevolando la zanja. Entonces el salto no tenía nombre, era apenas un paso que lograba con eficacia alejarlo del infierno.

Paró al primer taxi que vio y, luego de darle la dirección al chofer, giró la cabeza y se prometió a sí mismo que haría todo lo posible por seguir manteniendo su habitación. No imaginaba otro lugar, mezcla de pensión y *hostel*, en el que pudiera sentirse tan a gusto.

Vio cómo se alejaba (más lentamente de lo que hubiera querido) la puerta alta y angosta de dos hojas de madera tallada, con ventiluces de hierro forjado. Esa casa tuvo que haber sido construida en el siglo pasado para albergar a una familia de una buena posición. Dos escalones de granito la separaban de una vereda angosta, en una calle donde la modernidad no pudo ganarles a los adoquines. El número de la vivienda, escrito con pintura negra, contrastaba con los resabios de la arquitectura colonial. Hacía tiempo que el timbre no funcionaba.

Un inmueble proyectado por años y construido por expertos con minuciosa atención puede mutar silenciosa y lentamente, hasta convertirse en una deformidad modernizada, de infinitas habitaciones y paredes endebles. O una feria de las naciones organizada con poco presupuesto.

Los ritmos musicales se fusionaban en los pasillos. La ropa húmeda, colgada en tendederos improvisados con alambres y trastos viejos, luchaba exhausta por conservar el olor del jabón blanco ante el vaho del aceite listo para freír que llegaba desde la cocina compartida y solía invadir cada recoveco del edificio.

No se podía gritar ni correr en los espacios comunes. En realidad, casi todo estaba prohibido: tener mascotas de cualquier clase, recibir visitas de cualquier tipo. Los pensionistas se las arreglaban para violar las reglas con el máximo de los cuidados. Todos eran cómplices de sus vecinos, ya que las paredes que dividían las piezas eran tan finas que cualquier lobo feroz las podría derribar de un soplido. Se oía todo. *Todos oían todo*.

A los dos meses de llegar, Manuel ya se sentía parte del lugar. Era simpático, conocía la calle, tenía códigos. Susana, que era prima de Gladys y vivía allí desde hacía veinte años, lo caló enseguida: lo apodó roble de Eslavonia. Una noche, a los pocos días de mudarse, se encontraron en la terraza. Susana cargaba piedras a la luz de la luna; Manuel miraba el cielo por puro placer. Era una costumbre que había conservado de su infancia feliz, cuando toda la familia vivía con su abuela en una casa modesta, sus padres tenían trabajo, él tenía mascota y hasta bicicleta. Con el cambio de siglo la abuela se enfermó, dejó de cocinar y bailar; murió en un lapso demasiado breve. La fábrica donde trabajaba el padre cerró, el alcohol y la mala junta se encargaron de destruir el resto. La voz del taxista lo obligó a concentrarse en el presente.

—Si quieres te acerco lo más posible, flaco, pero no te prometo hacer el viaje en quince minutos. Está todo cortado. ¡Esa zona es un infierno!

—Haga lo que pueda, jefe —contestó Manuel antes de cerrar los ojos para intentar hacer la relajación que había aprendido en su primera beca.

Cuando llegaron a Lacroze, le pidió al conductor que se detuviera.

—Me bajo acá. Guárdese el cambio.

Abrió la puerta antes de que el vehículo frenara por completo. Un chico que pasaba corriendo logró esquivarlo sin disminuir la marcha, pero se le cayeron unos papeles del bolsillo. El bailarín le gritó, pero el muchacho siguió sin volverse a mirar. A Manuel le llamó la atención un sobre con el membrete del espectáculo. Lo abrió. Adentro había una invitación especial. Se lo guardó y corrió a contrarreloj. Le tiró el sobre como un avioncito al grandote de la boletería y entró, serio, a camarines a escuchar el reto que le correspondía.



Sólo algunos de los bailarines respondieron el saludo de Manuel cuando entró a camarines, entre ellos, por supuesto, Alejandra.

—Chicos, lo siento, tuve un problema. . .

—Está bien, empezó a moverte —dijo Omar, el director, que era un hombre de unos cincuenta años, acostumbrado a lidiar con artistas jóvenes. —Hablamos después de la función.

—¿Te pensás que Alejandra va a poder sostenerte mucho tiempo si ni siquiera llegás a horario al estreno? —le tiró en cara Carla, que no podía controlar los celos desde que él había logrado el protagónico.

—Carlita, me extraña, sabemos que es muy progre darle el protagónico a alguien de... su condición... —opinó Tomás, mirándolo a Manuel de arriba a abajo. —La noticia en el diario no es el estreno sino el chico de barrio marginal que triunfa en Capital.

—¿No escucharon que dijo que tuvo un problema? —agregó Leandro desde la *mat*.

—El becado tiene muchos problemas. Y muchos privilegios... —volvió a arremeter Tomás.

Manuel abrió los ojos y apretó los puños. Estaba girando sus muñecas y pensó en pegarle un derechazo a ese tonto, justo en

medio de esa cicatriz apenas visible que le desteñía la ceja. Pero se contuvo. Nunca quiso parecerse a su padre.

—Te escuché, Tomás. Cambié de opinión: vos te quedás hoy después de la función para hablar conmigo —dijo el director y, mirando a Manuel, agregó: —Con vos charlamos mañana.

El rubio miró a Carla con odio, ¿cómo podía ser que ella lo provocara y nunca sufriera las consecuencias? Sintió una molestia entre las cejas, una basurita. Empezó a rascarse hasta dejarse una marca roja en la cicatriz.

—Manuel se sostiene solo, chicos. Les lleva años luz. Qué pena que no logren verlo... —susurró Alejandra mientras elongaba en la barra.

Manuel se había apartado del resto. Pensaba en su abuela, moviendo las caderas mientras revolvía el guiso con un cucharón enorme, al ritmo de la música que pasaban en la radio. De chico, él solía imitarla cuando su padre no estaba cerca. Y ella le decía que tenía dotes de bailarín. Ese recuerdo era infalible antes de salir a escena.

Leyó el mensaje de suerte de su madre. Siempre estaba presente, a pesar de los kilómetros que los separaban desde que él había regresado a la capital. Ella, en el pueblo, había vuelto a casarse. La fuerza de esas mujeres, su madre y su abuela paterna, estaba en cada célula de su cuerpo.

La voz del director lo trajo de vuelta al presente:

—Te llaman de la boletería. Marquen las primeras escenas primero y después andá. Y no tardes por favor.

CORAL *Relevé*

—Sin invitación no entra nadie —repitió, desde la boletería, una voz de sargento.

—Señor, por favor, me acaban de robar. Soy del interior, mi maestra de toda la vida me regaló la invitación porque una bailarina del elenco se la envió. En realidad, no a ella, a una amiga que yo no conozco. Como ninguna podía viajar, mi profe me la dio a mí. Es imposible que consiga comunicarme con ella antes de que empiece el espectáculo. Podría intentar llamar a mi abuela, con la mejor de las suertes lograría sacar el auto del garaje sin rasparlo y conducir hasta la escuela de danzas. Aun así, mi maestra estaría dando clase y no contestaría el timbre, ¿entiende? —explicó Coral casi sin respirar, como cada vez que debía pedir ayuda.

Las personas que estaban primeras en la fila le habían permitido hacer una pregunta al empleado del teatro. Pero eso más que una pregunta parecía una disertación. Se empezaron a impacientar. Se oyó que le explicaban a la pareja que estaba detrás que era una emergencia, pero Coral hablaba y hablaba y a nadie le interesaba por qué esa chica pelirroja estaba retrasando la entrada.

El boleterero reconoció el malestar general y dio por terminado el asunto.

—Entiendo, pero no puedo hacer nada, señorita. Los nombres de los invitados están en una lista y si no recuerda a nombre de quién iba dirigida su invitación, no hay nada que pueda hacer.

Coral se alejó unos metros y se apoyó en la pared con un

perfecto control desde sus cervicales al sacro, la postura ideal para descansar. Necesitaba pensar.

La fila retomó su ritmo en cuanto ella dejó de ser un obstáculo.

Los minutos pasaban y Coral miraba entrar por una puertita lateral a los que, suponía, trabajaban en la producción o eran los propios bailarines. Los pensamientos no dejaban de caminar en su cabeza tejiendo ideas. ¿Y si se colaba por esa puerta y se escondía detrás de una cortina? La sola ocurrencia la hizo tomar coraje para volver a intentar con el grandote, que parecía haber crecido en esos minutos.

—Se me ocurrió algo. Cuando entren todos los espectadores e invitados, usted entra, chequea que haya un asiento vacío y, ahí sí, me deja entrar.

Ante el silencio como respuesta, arremetió: —¿Sabe por qué insisto? Estoy en Capital viviendo en casa de un tío abuelo muy mayor, Juan Carlos se llama. Todavía no le avisé que me robaron la entrada y el dinero para volver a casa. El pobrecito se infartaría si a mí me pasara algo esperando afuera, sola y desamparada, en un barrio que no conozco. Por favor, señor, mi asiento quedará vacío. Por favor...

Había algo en la mirada de Coral que enternecía a las personas cuando hablaban con ella. O al menos así funcionaba con algunos. Esta no era la excepción.

—De acuerdo, de acuerdo, pero no vengas otra vez hasta que terminen de entrar todos los de la fila —dijo el boleterero, con una sonrisa no muy acostumbrada a mostrarse.

Coral suspiró y en su imaginación se derritió como un helado al sol. Había logrado su cometido. Se sintió orgullosa. Solo restaba

esperar. Le dio gracia pensar que Juan Carlos no le perdonaría haber mencionado que era su tío abuelo, si con tío era más que suficiente. Le mandó un mensaje para avisarle que había olvidado el dinero para volver; no quería preocuparlo contándole de ese hurto tonto que le había complicado ya bastante la noche.

La cola iba haciéndose tan larga que por un momento creyó que no terminaría nunca esa sucesión de rostros sonrientes, abrazos, vestidos y peinados especialmente planeados para una noche de estreno. Se detuvo a pensar en quién le habría quitado con tanto sigilo del bolsillo ese par de billetes arrugados y la invitación especial. La habilidad extrema que suponía mover los dedos con rapidez tan cerca del cuerpo del otro sin ser percibido le ameritaba el perdón.

Cuando todos los espectadores estuvieron dentro, Coral se acercó a la boletería. En su afán por mirarlo todo hizo un prolijo *relevé*, apoyó los puños en el mostrador y estiró el torso hacia delante. Su expresión cambió en un instante. Vio, entre las entradas desparramadas en el escritorio del grandote, el sobre con la letra de su maestra. Sus ojos se abrieron muy redondos sin dejar de enfocar. Imposible confundirla. Era su invitación especial.

—Señor, ese sobre era mío. ¡Esa es mi invitación! ¿Quién se la dio? ¿Se acuerda? ¿Entró hace mucho? Genial, un ladrón fan de la compañía.

—Señorita, ese sobre lo entregó el primer bailarín del elenco —comenzó a explicar el empleado, pero Coral estaba tan enojada que lo interrumpió preguntándole si ese hombre además de ser el primero en la compañía de danzas, manejaba una banda de

rateros. El hombre giró para hablarle a alguien que permanecía oculto al fondo de la oficina:

—Manuel, estaba intentando explicarle a esta chica que en contraste tirada la invitación, pero la señorita tiene una sospecha sobre vos... —le aclaró el empleado y, mirando a Coral, agregó—: ¿Quiere contarle su teoría del jefe de los rateros?

Coral no dejaba de mirar los ojos verdes del bailarín que había irrumpido en la boletería. ¿O ella había entrado en un bosque? Lo miraba deseando que el grandote no existiera y estuvieran solos a la orilla de un río.

—Fue tal cual lo dice mi compañero. Nunca me quedo con cosas que no son mías, o casi nunca —bromeó—. Serás mi invitada.

El bailarín la hizo pasar por una puerta lateral.

—Creo que hay un asiento libre adelante, cerca del pasillo, ¿cómo te llamás?

—Coral, encantada.

Y supo que sus mejillas, a esa altura, habían superado el rojo de sus cabellos.

—Pasen, chicos, que debemos dar sala —les ordenó el grandote elevando la voz, como hacen los que no están acostumbrados a pasar desapercibidos.

Coral agarró con ambas manos el morral a la altura del pecho para ocultar la fuerza con que latía su corazón. Estaba siguiendo al primer bailarín de la compañía que oficiaba solo para ella como acomodador del espectáculo. Era imposible, en medio de tanta emoción, notar que una hilera de luciérnagas los conectaba.

¿Cómo es que puede un desconocido generar un momento inolvidable? Hubiera deseado que ese camino fuera un poco más largo.

—Espero que te guste —dijo él antes de desaparecer detrás del telón negro.

Refugiada en la sombra, un instante antes de verlo en escena, supo que ya no podría deshacerse de la emoción que ese chico le hacía sentir.



CAPÍTULO 3

MANUEL
Conquer

Ubicado en el espacio escénico, en completa oscuridad, Manuel supo cuál de esas personas era la chica que lo había obnubilado.

Cada bailarín debía concentrarse en un espectador y bailar para él los primeros acordes. Ese espectador sería el punto de fuga desde el cual dirigirse al resto del auditorio. La elegida era tan bonita, que tuvo miedo de no poder dejar de mirarla.

¿Cómo había dicho que se llamaba? Por una milésima de segundo su cuerpo quedó atrapado en ese olvido. Alejandra, que estaba esperando el guiño cómplice antes del primer movimiento, notó la distracción.

Manuel, recién unos minutos después, se dio cuenta de que no había cruzado la mirada de cábala con su mentora. Él tenía trece años cuando Alejandra lo descubrió bailando Tupac en el playón de Chacarita. Ella coordinaba talleres barriales del Gobierno y, en ese entonces, estaba empeñada en sumar ofertas de danza en los programas culturales. Era una firme defensora de cualquier forma de movimiento como método de inclusión social y de sanación personal. Se había formado como bailarina y profesora, y acababa de hacer una maestría en Danza Movimiento Terapia. Gracias a esa primera camada de chicos entre los que estaba

Manuel, había logrado encaminar su teoría y llevarla a la práctica. En aquel entonces él había empezado el secundario, andaba desorientado, había tenido que empezar a trabajar de día y a escapar de las borracheras de su padre de noche; pasaba horas enteras bailando el miedo y el enojo. Alejandra le mostró espacios donde pudo sentir que no estaba solo y sus problemas (y los de su madre) tenían solución.

Ese guiño olvidado con Alejandra cambió completamente la trayectoria de la obra.

Manuel, cada vez más intenso, cada vez más libre; era una chispa en el escenario. Bailaba sabiendo que había un ancla en la oscuridad. “¿Desde cuándo Coral es un nombre?”, pensaba.

CORAL

Plié

¿Hay solo aire en el espacio que nos separa de los demás? ¿Puede haber emociones, pensamientos, percepciones? ¿Puede ese espacio tomar color, forma, espesor?

Había once bailarines en escena. Chicos y chicas de un talento increíble. Transmitían con movimientos instintivos, técnicamente impecables, la historia de la danza. Sin embargo, lo que más le llamó la atención, y tardó en descubrirlo, no fue el lenguaje de los cuerpos. Fue una conexión que aun con las luces apagadas la llevaba una y otra vez al chico que la había sentado casi en primera fila, como a una princesa de cuentos. El espacio que la

separaba de él tenía color. Era de un verde cristalino como el curso del río en las tardes de verano. Podía encontrarlo en escena con solo seguir ese halo de luz que, desde sus pies, aparecía como una invitación a navegar. Nunca antes había tenido una visión de ese tipo. Suponer que podía ser un efecto de la producción y estar sucediéndole, también, a otros espectadores, la tranquilizó.

Solo por internet Coral había visto bailar de esa manera tan intensa. Los brazos como plumas, como hachas, como patas de animales; el ritmo de los pies desnudos golpeando las tablas del escenario, el aire cargado de la energía de los cuerpos juntos. Las caídas inesperadas y el ponerse de pie en un santiamén para volver a desvanecerse sin aviso. Una y otra vez. Las pisadas ensordecedoras, el encuentro de las parejas, las miradas sostenidas, la entrega del peso.

Las lágrimas se deslizaban silenciosas por las mejillas de Coral. Había soñado muchas veces con ser grande, vivir en Capital, ingresar en una compañía. Pensar que el lunes siguiente iniciaba ese camino en la Universidad Nacional de Danzas le erizó aún más la piel.

Iban avanzando las escenas y la fuerza de la obra aumentaba proporcional al ritmo de su pulso. El sonido envolvente, la oscuridad de la sala, ese curso de agua. Coral pudo imaginarse saltando en una diagonal, de piedra en piedra, con los pies desnudos, moviendo sus brazos como si el río los impulsara. Pudo imaginarse agua, piedra, viento, murmullo. Acercarse lentamente hasta la orilla donde estaba el primer bailarín y ser devuelta a la platea en un instante de realidad.

Un silencio prolongado anunció el final. Comenzaron los

aplausos. Se paró primera. No encontró su voz para ovacionar, pero sí fuerza para chocar sus manos frenéticamente. La siguieron un montón más de personas del público. Los bailarines salieron del escenario para volver a entrar. Pero Coral encendió el celular y vio que su tío nunca había contestado el mensaje sobre ir a buscar.

Como si fuera a convertirse en calabaza, fue la primera en abandonar la sala.

No llegó a ver el desconcerto del primer bailarín cuando volvió ante el público a saludar y en su butaca, no había más que aire.



Todos los espectadores se pusieron de pie y el aplauso sonó contundente. Después del saludo final, detrás de bambalinas, seguían escuchando la ovación del público. Las críticas de los periodistas invitados estaban aseguradas. Eso les auguraba una buena temporada.

Manuel estaba feliz.

—Gracias, Ale. Todo esto te lo debo a vos —le dijo mientras la abrazaba emocionado.

—Dejá de agradecerme todo el tiempo —respondió ella todavía recuperando el aliento—, yo solo te di un empujoncito.

—Un par de enérgicos empujones diría yo.

—Oí esos aplausos... valió la pena —respondió entre risas mirándolo fijamente a los ojos—, ¿no te parece?

Cuando los saludos cesaron, el director los convocó a una ronda en el escenario. A pesar del éxito aparente, había notado cierta desconexión entre los bailarines y lo consideraba imperdonable. Les dijo que iba a armar un cronograma de ensayos con pequeños subgrupos para reforzar algunos vínculos y pidió que se vieran fuera de los horarios estipulados para compartir sus vidas: que salieran a caminar, a comer, a pasear, que conocieran sus casas, sus familias.

—No es una sugerencia —Omar no andaba con vueltas, ya había aclarado en el primer *casting* que quien no estuviera de acuerdo con sus decisiones podía salir por donde había entrado—, es una condición para seguir siendo parte de mi compañía. Quiero que aprendan todo del otro, que puedan mirarse y adivinar sus movimientos. ¿Me explico? Los quiero transparentes en el escenario.

Manuel se imaginó a Carlita y a Tomás llegando a la pensión en sus autos importados (y a los vecinos herreros asomándose en cuero y ojotas), entrando desorientados a un mundo desconocido para practicar la coreografía entre los trastos de los pasillos y los calzones de la colombiana; Susana ofreciéndole sus servicios de tarot y Diego dibujando los diseños de su ropa no binaria. No pudo contener la risa. Para enfrentar la mirada del director, habló, sin pensar lo que iba a decir. Definitivamente no fue una buena idea.

—Yo organizo donde vivo la primera juntada.

Alejandra lo miró desconcertada. Su protegido era experto en evadir ese tipo de reuniones sociales.

—Les mando un mensaje mañana y coordinamos —anunció.

Todos estuvieron de acuerdo, más por terminar la reunión y salir a celebrar que porque tuvieran interés en conocerse mejor unos a otros.

Antes de salir del teatro, Alejandra le entregó un sobre con el pago de unas clases en las que Manuel la había reemplazado mientras ella hacía un seminario en Estados Unidos.

—No sabés lo bien que me viene. Con esta guita pago tres meses de pensión.

—Y alquiler de vajilla para la reunión del elenco. ¿Vas a hacerla en la terraza?

—No estarás hablando en serio. Aunque, sería divertidísimo.

—Omar va a estar esperando que organices algo.

—Lo sé, podríamos hacerla en tu departamento...

—¿Por qué? Yo no me ofrecí.

Leandro se acercó a felicitar a Manuel y le dijo que estaría encantado de conocer, al fin, el lugar donde vivía. Le gustaba mucho San Telmo y le parecía una cuestión formidable sociológicamente que las personas de distintas culturas convivieran en espacios comunes.

—Me mudé con Alejandra esta semana —anunció Manuel para poner fin a la reflexión de Leandro, que era muy bueno, pero extremadamente pesado. Al ver la cara de asombro de su amiga se vio obligado a aclarar la situación: —No es que estemos saliendo ni nada de eso. Sólo que están refaccionando la pensión y tengo para un par de meses sin gas, ni luz, ni agua...

—No me dijiste nada, Ale —se sorprendió Leandro.

—Es que fue todo muy rápido —aclaró Alejandra—. Ibas a ser el primero en saberlo.

—¿De qué me perdí? —preguntó Manuel, sin entender cómo Alejandra podía estar teniendo algún tipo de relación personal con ese pesado. Lo único que tenían en común era que transitaban su tercera década.

—Tenemos pensado salir esta semana con Lean.

—Qué bien, *Lean*—dijo Manuel, imitando la forma en que Alejandra lo había llamado.

Fueron saliendo a la calle en pequeños grupos. A algunos los

esperaban sus amores; a otros, sus valiosas soledades. Leandro celebraría con su pequeño hijo. Carla y Tomás tenían reservada una mesa en un restaurant del puerto. Alejandra no había planeado nada; tampoco Manuel. Pero alguien estaba obsesionado con encontrarlo y había estado esperando por días esa noche.

CORAL *Interludio*

Se detuvo en el *hall* y llamó a su tío. No debía haber buena señal porque la comunicación se cortaba ni bien atendían del otro lado. La gente comenzó a salir y el bullicio fue aumentando. Recién en la calle lo logró.

Juan Carlos sonaba preocupado por esas llamadas perdidas. Le explicó que los mensajes no sabía ni dónde encontrarlos, que sólo usaba el teléfono para lo que se inventó, para hablar. Le dijo que le llevaría media hora llegar hasta Chacarita, que se quedara en un lugar bien iluminado. Si cerraban el teatro, el punto de encuentro sería la estación de servicio, a dos cuadras de allí.

Coral decidió quedarse en la esquina para tener más chances de ver salir al elenco. Así que esperó, con la mirada clavada en la puerta lateral, hasta que los espectadores estuvieron todos fuera de la sala. Unos minutos después, la luz de la marquesina se apagó y esa puerta se abrió.

Los bailarines fueron saliendo de a dos o tres. Coral identificó rápidamente a quien estaba esperando. Había una energía a su

alrededor que le resultaba irresistible. Una chica con el pelo alborotado salió tras él y se le colgó del hombro. Se detuvieron en la vereda y prendieron sus teléfonos.

De repente, él se dio vuelta hacia donde Coral estaba parada. A ella le dio vergüenza, agarró el teléfono para disimular y se apoyó en la pared. Él caminó en su dirección. Serio. Solo. Con paso seguro. Recién cuando estuvo a tres o cuatro metros, Coral se dio cuenta de que la mirada del bailarín estaba enfocada en algo más lejano, en alguien más. Como si sus ojos hubieran perdido el ángulo de ciento ochenta grados, pasó a pocos metros de ella haciéndola sentir un fantasma.

Cruzó sin registrar el semáforo. Iba al encuentro de algo inevitable. Una oscuridad sin bordes lo convocaba. Y un hombre. El bailarín no se defendió del primer empujón. Dejó el bolso que cargaba en el piso. Su contrincante cayó de costado sin haber sido tocado. Parecía borracho. Gritaba incoherencias. El chico se inclinó sobre él con un ademán violento, tal vez guiado por el impulso de zamarrearlo. Se quedó inmóvil una milésima de segundo como si la sangre se le hubiera helado. Miró hacia los costados, retrocedió, agarró su bolso y se alejó apurado sin volver la vista atrás.

Coral, asustada, buscó la estación de servicio.

The Orlando Books surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

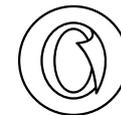
Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

Detrás de todo lo que nos gusta siempre hay una buena historia.



THEORLANDOBOOKS

www.theorlandobooks.com



THE ORLANDO BOOKS

